Deberíamos decirlo: Rusia es fascista

Tiempo de lectura: 6 min.

Timothy Snyder

Dom, 22/05/2022 - 14:59

El fascismo nunca fue derrotado como idea.

Como culto a la irracionalidad y la violencia, no podía ser derrotado como argumento: mientras la Alemania nazi parecía fuerte, los europeos y otros se sentían tentados. Fue solo en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial que el fascismo fue derrotado. Ahora ha vuelto, y esta vez, el país que lucha en una guerra fascista de destrucción es Rusia. Si Rusia gana, los fascistas de todo el mundo se

consolarán. Nos equivocamos al limitar nuestros miedos al fascismo a cierta imagen de Hitler y el Holocausto.

El fascismo era de origen italiano, popular en Rumania —donde los fascistas eran cristianos ortodoxos que soñaban con limpiar la violencia— y tenía adeptos en toda Europa (y América). En todas sus variedades, se trataba del triunfo de la voluntad sobre la razón. Por eso, es imposible definirlo satisfactoriamente.

La gente no está de acuerdo, a menudo con vehemencia, sobre lo que constituye el fascismo. Pero la Rusia de hoy cumple con la mayoría de los criterios que los académicos tienden a aplicar. Tiene un culto en torno a un solo líder, Vladimir Putin. Tiene un culto a los muertos, organizado alrededor de la Segunda Guerra Mundial. Tiene el mito de una edad de oro pasada de grandeza imperial, que será restaurada por una guerra de violencia curativa: la guerra asesina contra Ucrania.

No es la primera vez que Ucrania ha sido objeto de una guerra fascista. La conquista del país fue el principal objetivo de guerra de Hitler en 1941. Hitler pensó que la Unión Soviética, que entonces gobernaba Ucrania, era un estado judío: planeó reemplazar el gobierno soviético por el suyo propio y reclamar el fértil suelo agrícola de Ucrania. La Unión Soviética moriría de hambre y Alemania se convertiría en un imperio. Imaginó que esto sería fácil porque la Unión Soviética, en su opinión, era una creación artificial y los ucranianos un pueblo colonial. Las similitudes con la guerra de Putin son sorprendentes. El Kremlin define a Ucrania como un estado artificial, cuyo presidente judío demuestra que no puede ser real. Después de la eliminación de una pequeña élite, se piensa, las masas incipientes aceptarían felizmente el dominio ruso.

Hoy es Rusia la que está negando la comida ucraniana al mundo, amenazando con una hambruna en el sur global. Muchos dudan en ver a la Rusia de hoy como fascista porque la Unión Soviética de Stalin se definió a sí misma como antifascista. Pero ese uso no ayudó a definir qué es el fascismo, y hoy en día es más que confuso.

Con la ayuda de aliados estadounidenses, británicos y otros, la Unión Soviética derrotó a la Alemania nazi y sus aliados en 1945. Sin embargo, su oposición al fascismo fue inconsistente. Antes del ascenso de Hitler al poder en 1933, los soviéticos trataban a los fascistas como una forma más de enemigo capitalista. Los partidos comunistas en Europa debían tratar a todos los demás partidos como

enemigos. Esta política en realidad contribuyó al ascenso de Hitler: aunque superaban en número a los nazis, los comunistas y socialistas alemanes no pudieron cooperar. Después de ese fiasco, Stalin ajustó su política y exigió que los partidos comunistas europeos formaran coaliciones para bloquear a los fascistas. Eso no duró mucho. En 1939, la Unión Soviética se unió a la Alemania nazi como aliado de facto y las dos potencias invadieron Polonia juntas. Los discursos nazis se reimprimieron en la prensa soviética y los oficiales nazis admiraron la eficiencia soviética en las deportaciones masivas. Pero los rusos de hoy no hablan de este hecho, ya que las leyes de memoria tipifican como delito hacerlo.

La Segunda Guerra Mundial es un elemento del mito histórico de Putin sobre la inocencia rusa y la grandeza perdida: Rusia debe disfrutar del monopolio del victimismo y la victoria. El hecho básico de que Stalin permitió la Segunda Guerra Mundial al aliarse con Hitler debe ser indecible e impensable. La flexibilidad de Stalin sobre el fascismo es la clave para entender a Rusia hoy.

Bajo Stalin, el fascismo fue primero indiferente, luego fue malo, luego estuvo bien hasta que, cuando Hitler traicionó a Stalin y Alemania invadió la Unión Soviética, volvió a ser malo. Pero nadie definió nunca lo que significaba. Era una caja en la que se podía poner cualquier cosa. Los comunistas fueron purgados como fascistas en juicios espectáculo. Durante la Guerra Fría, los estadounidenses y los británicos se convirtieron en fascistas. Y el “antifascismo” no impidió que Stalin atacara a los judíos en su última purga, ni que sus sucesores fusionaran a Israel con la Alemania nazi. El antifascismo soviético, en otras palabras, era una política de nosotros y ellos. Esa no es una respuesta al fascismo. Después de todo, la política fascista comienza, como dijo el pensador nazi Carl Schmitt, a partir de la definición de un enemigo. Debido a que el antifascismo soviético solo significaba definir un enemigo, le ofreció al fascismo una puerta trasera a través de la cual regresar a Rusia.

En la Rusia del siglo XXI, el “antifascismo” se convirtió simplemente en el derecho de un líder ruso a definir enemigos nacionales. A los fascistas rusos reales, como Aleksandr Dugin y Aleksandr Prokhanov, se les dio tiempo en los medios de comunicación. Y el propio Putin se basó en el trabajo del fascista ruso de entreguerras Ivan Ilyin. Para el presidente, un “fascista” o un “nazi” es simplemente alguien que se opone a él o a su plan para destruir Ucrania. Los ucranianos son “nazis” porque no aceptan que son rusos y se resisten.

Un viajero en el tiempo de la década de 1930 no tendría dificultad en identificar al régimen de Putin como fascista. El símbolo Z, las manifestaciones, la propaganda, la guerra como acto de limpieza de la violencia y los pozos de muerte alrededor de las ciudades ucranianas lo dejan todo muy claro. La guerra contra Ucrania no es solo un regreso al campo de batalla fascista tradicional, sino también un regreso al lenguaje y la práctica fascista tradicional. Otras personas están ahí para ser colonizadas. Rusia es inocente debido a su antiguo pasado. La existencia de Ucrania es una conspiración internacional. La guerra es la respuesta.

Debido a que el Sr. Putin habla de los fascistas como el enemigo, es posible que nos resulte difícil comprender que, de hecho, podría ser un fascista. Pero en la guerra de Rusia contra Ucrania, "nazi" simplemente significa "enemigo infrahumano", alguien a quien los rusos pueden matar. El discurso de odio dirigido a los ucranianos hace que sea más fácil asesinarlos, como vemos en Bucha, Mariupol y cada parte de Ucrania que ha estado bajo la ocupación rusa. Las fosas comunes no son un accidente de guerra, sino una consecuencia esperada de una guerra fascista de destrucción.

Fascistas llamando a otras personas "fascistas" es el fascismo llevado a su extremo ilógico como un culto a la sinrazón. Es un punto final donde el discurso del odio invierte la realidad y la propaganda es pura insistencia. Es el apogeo de la voluntad sobre el pensamiento. Llamar fascistas a los demás siendo fascista es la práctica putinista esencial. Jason Stanley, un filósofo estadounidense, lo llama "propaganda de socavamiento". Lo he llamado “esquizofascismo”. Los ucranianos tienen la formulación más elegante. Lo llaman “ruscismo”.

Entendemos más sobre el fascismo que en la década de 1930. Ahora sabemos a dónde llevó, debemos reconocer el fascismo, porque entonces sabemos a lo que nos enfrentamos. Pero reconocerlo no es deshacerlo. El fascismo no es una posición de debate, sino un culto a la voluntad que emana ficción. Se trata de la mística de un hombre que cura el mundo con violencia, y será sostenida por la propaganda hasta el final. Solo se puede deshacer mediante demostraciones de la debilidad del líder.

El líder fascista tiene que ser derrotado, lo que significa que aquellos que se oponen al fascismo tienen que hacer lo necesario para derrotarlo. Sólo entonces los mitos se derrumban. Como en la década de 1930, la democracia está en retirada en todo el mundo y los fascistas se han movilizado para declarar la guerra a sus vecinos. Si Rusia gana en Ucrania, no será solo la destrucción de una democracia por la fuerza,

aunque eso ya es bastante malo. Será una desmoralización para las democracias en todas partes. Incluso antes de la guerra, los amigos de Rusia —Marine Le Pen, Viktor Orban, Tucker Carlson— eran enemigos de la democracia. Las victorias fascistas en el campo de batalla confirmarían que el poder hace el bien, que la razón es para los perdedores, que las democracias deben fracasar.

Si Ucrania no se hubiera resistido, esta habría sido una primavera oscura para los demócratas de todo el mundo. Si Ucrania no gana, podemos esperar décadas de oscuridad.

20 de mayo 2022

Polis

https://polisfmires.blogspot.com/2022/05/timothy-snyder-deberiamos-decir...

ver PDF
Copied to clipboard